

DIABLO
Sanuario
de huesos

UN RELATO CORTO DE
CARLY ANNE WEST

Historia

CARLY ANNE WEST

Edición

ERIC GERØN

Asesoría de universo

IAN LANDA-BEAVERS

Asesoría creativa

LEWIS HARRIS, VIVIANE
KØSTY, JØE SHELÝ, DANIEL
TANGUAY

Producción

BRIANNE MESSINA

Diseño

CØREY PETERSCHMIDT

Ilustraciones

ASHER



©2023 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc., en EE. UU. y en otros países.

Santuario de huesos



Alomos de vientos tormentosos, los gritos torturados escapaban de las landas de Scosglen como alcaudones surgiendo de entre las copas de una enredada hilera de árboles nudosos. No se parecían en nada a los aullidos de los mitos licanos que se habían abatido sobre las landas como una plaga. No, estos gritos eran antinaturales: el sonido de la muerte injusta, de la sangre inocente vertida sobre un suelo mancillado. El lugar era un sanctasanctórum cuyo señor se cebaba en los más vulnerables de Santuario: los niños pobres y vagabundos.

Yo, Tejal, he oído los ecos de sus gritos en mis sueños. Te contaré la historia de su origen, pero te lo advierto: este relato es traicionero, pues desvela la leyenda sobre la creación de una de las más terribles armaduras que han existido.

Aunque quien la imbuyó de justo servicio al Equilibrio acabó cargando con su enorme responsabilidad, la semilla de podredumbre de la armadura discurre

hasta en lo más profundo de los huesos. Guarda silencio, coge una vela y acércate mientras exhumo su decrepito pasado. Fino es el velo que separa el ansia de conocimiento del hambre de poder...



Iolaynah contempló el sanctasanctórum allá abajo, erguido como un centinela en medio de las landas de Scosglen, si bien invadido por los árboles gigantescos que rodeaban los muros de piedra negra. Del suelo brotaban unas raíces que agrietaban el camino bajo la entrada de hierro en forma de arco.

Echó a andar con cautela. Se rumoreaba que el sanctasanctórum se encontraba en la periferia de las landas, pero, ahora que contemplaba la imponente fortaleza, le parecía un afloramiento de Scosglen más que un santuario para el estudio construido en sus lindes.

—Aquí estoy, Lorameere —susurró.

Había viajado muy lejos para encontrar a su hermana y no iba a permitir que nada la detuviera ahora.

Lorameere era apenas un bebé cuando llegó como refugiada a la caravana de Iolaynah, criada a su lado por el padre de esta. Su grupo, una compañía de cómicos inadaptados, actuaba para parroquianos de las tabernas, marineros varados en tierra y niños asombrados que entornaban la mirada para tratar de distinguir los juegos de manos de la auténtica magia.

Durante los años que habían vivido como una pequeña familia, Iolaynah y Lorameere jamás habían pasado más de unas pocas horas separadas. Unos años antes, un grupo de bandidos les había arrebatado a su padre en un asalto que había diezmado la compañía. Enterraron sus restos entre los pozos de brea de Kehjistan, único funeral que podían permitirse dos niñas sin padre, y cada una de ellas tomó una parte de la herencia: la preciada daga de su padre con una piedra preciosa bien engastada en la empuñadura fue para Iolaynah, mientras que el lazo de seda verde que había pertenecido a la madre de esta fue para Lorameere. Su doble condición de huérfanas unió todavía más a las dos hermanas, que siguieron viajando con la compañía, dedicadas en cuerpo y alma al teatro. Hasta que Lorameere se marchó

a estudiar al sanctasanctorum hacía un año. Hasta que envió una carta que anunciaba su llegada seis meses después.

Hasta el silencio de después.

La primera llamada de Iolaynah con el pesado aldabón de bronce no recibió respuesta. Aguzó el oído para ver si escuchaba algún ruido procedente del imponente castillo. Volvió a llamar, pero solo contestó el eco del aldabonazo.

Retrocedió unos pasos y trató de ver algo por las pequeñas ventanas cuadradas, pero eran muy pocas y demasiado estrechas, como unos ojos con el párpado caído que no pestañeaban. Iolaynah renunció a la aldaba, apretó el puño y golpeó con fuerza. Esta vez, la puerta cedió.

Al entrar en el vestíbulo en penumbra, esperaba encontrarse con el mobiliario dorado y las elegantes molduras de una prestigiosa institución dedicada al estudio. En lugar de eso, apenas podía respirar a causa de la profusión de moho y podredumbre. Las mismas raíces que asomaban entre los adoquines del camino en el exterior se habían abierto paso por el mortero que unía las piedras de las paredes. Unas enredaderas se enroscaban por las barandillas que adornaban la majestuosa escalera como serpientes congeladas en el tiempo. Un frío húmedo había hecho presa de la atmósfera hasta el punto de que a Iolaynah le costaba creer que no siguiese fuera; aquello era tan frío y oscuro como la noche.

Con un retumbar sordo, la puerta de madera se cerró y, cuando Iolaynah se volvió, dio un respingo al encontrarse con una figura encorvada y encapuchada detrás de ella. Echó mano a la empuñadura de su daga, guardada en su vaina de cuero ceñida al costado. Al verlo más de cerca, su mano se relajó: aquel niño no representaba una amenaza. Si acaso, él le tenía miedo a *ella*.

La capa hecha jirones colgaba de su endeble cuerpo como un harapo prendido de una cruz en un campo de trigo. Tenía la columna retorcida y, aunque el rostro seguía embozado en sombras, Iolaynah alcanzó a vislumbrar unas mejillas ahuecadas, unos ojos hundidos y unos dientes que sobresalían por debajo de unos labios resecos y agrietados. Sobre la piel pálida que estaba a la vista se adivinaba un mapa de finas cicatrices.

—Gra... gracias por tu hospitalidad —balbuceó Iolaynah. ¿Adónde demonios había dejado que se llevaran a Lorameere?

El muchacho rehuýó su mirada y en su lugar recorrió el vestíbulo con ojos

nerviosos. Iolaynah intentó seguirlos, pero lo único que pudo ver, aparte el polvo y las vigas enmohecidas, fueron unos sombríos pasillos que no llevaban a ninguna parte.

Como el niño no decía nada, Iolaynah se obligó a repetir la historia que había preparado.

—¡Tapices! —dijo de pronto—. Traigo tapices. Bueno, en realidad, mi señora me ha enviado desde Kehjistan a los castillos y las ciudades más importantes en busca de compradores para nuestros lujosos y raros tejidos. ¿Podría hablar con...?

—¡Vete! —siseó el muchacho al tiempo que, con aterradora velocidad, se abalanzaba sobre Iolaynah, la agarraba del brazo y la empujaba hacia la pesada puerta—. ¡Tienes que irte ahora mismo!

—Pero ¿qué...? No entiendo —protestó Iolaynah luchando contra los frenéticos esfuerzos del muchacho.

—¡No deberías haber venido! —susurró el niño.

La empujó con todas sus escasas fuerzas, pero no era rival para Iolaynah. Fuera cual fuese la desgracia que se había abatido sobre él, no estaba dispuesta a permitir que le ocurriera lo mismo a Lorameere.

—Busco a una amiga —respondió con otro susurro, renunciando a su tapadera—. Es alta, mucho más alta que yo —dijo—. Tiene el pelo largo y negro, y lo lleva recogido en una trenza con una cinta verde. Se llama Lorameere. Por favor, dime si la cono...

—¡Que te vayas! —exclamó el niño con una desesperación tangible.

De repente, soltó el brazo de Iolaynah y se apartó de ella bajando la mirada.

—Elden, tendrías que haberme dicho que teníamos visita —dijo una voz lo bastante profunda como para llenar el cavernoso espacio del vestíbulo.

El muchacho se estremeció con violencia al oír la voz de la figura encapuchada que se alzaba imponente en lo alto de la escalinata.

Un aura de volubilidad seguía al recién llegado mientras bajaba por las escaleras. Llevaba una túnica de fino tejido que cubría hasta el último centímetro de su cuerpo —incluidas las manos—, pero la capucha descansaba sobre su nuca sin ocultar un rostro afable de amplia sonrisa.

—Mis disculpas por la intrusión —dijo Iolaynah con una reverencia—. No soy más que una humilde mercader que agradecería un lugar donde pasar la noche y

algo de sustento, si el rector tuviera a bien concedérmelos.

El hombre respondió con una carcajada.

—Te aseguro que el rector insistiría en que te refugies aquí esta noche.

Al llegar al pie de las escaleras, el hombre se agarró al remate del barandal de una forma que le recordó a la manera en que ella solía aferrarse a la empuñadura de la daga en su vaina. El remate tenía forma esférica y era de color marfil, idéntico al del barandal del lado opuesto y con el tamaño exacto del puño del hombre. Tan liso como un cráneo perfecto.

—¿De verdad? —preguntó Iolaynah con tono receloso—. Quizá debería preguntárselo directamente —añadió.

«Si alguien sabe qué ha sido de Lorameere —pensó—, tiene que ser él». A fin de cuentas, era quien había escrito a su hermana para invitarla a estudiar allí.

El hombre de la capa de seda la cogió de la mano.

—Soy el rector, Droman Grigso. Es un placer conocerte.

Iolaynah esbozó una sonrisa forzada, silenciada por la sorpresa. Antes de marcharse, Lorameere había hablado largo y tendido sobre Grigso, rector y fundador del sanctasanctórum. Y tenía que ser mucho mayor que la persona que ahora se dirigía a ella: un hombre que, a juicio de Iolaynah, no superaba los treinta años. Grigso le soltó la mano y se acercó al tembloroso muchacho que estaba a su lado.

—Elden, creo que te necesitan en el invernadero —dijo con voz calmada.

—Señor, s-sí no es mu-mucha molestia, ¿p-podría llevar primero a u-nuestra invitada a sus a-aposentos?

—Vamos, Elden... —insistió el rector mientras le ponía una mano en el hombro y apretaba.

Iolaynah comprendió con creciente temor que el control que ejercía Grigso sobre el muchacho era absoluto. Elden no protestó más. Sencillamente, giró sobre sus talones, relajó los puños y recorrió uno de los largos y oscuros pasillos que salían del vestíbulo hasta perderse en las sombras.

Grigso sonrió.

—Perdón por la interrupción.

—¡No hay por qué! —se apresuró a responder Iolaynah acordándose de su tapadera—. Vengo en nombre de mi señora, la mejor hilandera de Kurast. Oyó

decir que tal vez esta reputada institución necesitara...

Dejó la frase inacabada, temiendo ofender al rector.

Grigso sonrió.

—¿Restaurar su antiguo esplendor?

Iolaynah quería dejarse reconfortar por la sonrisa del rector. Y así habría sido si hubiera llegado alguna luz a sus ojos. Pero el semblante de Grigso, como la totalidad de la fortaleza, estaba cubierto de sombras. Tenía la sospecha de que aquella sonrisa ocultaba más que los interminables pasillos que serpenteaban a lo largo y ancho del sanctasanctórum.

Iolaynah dudó.

—Tal vez a los estudiosos que viven aquí les ayudaría que se renovasen las instalaciones —dijo.

Grigso siguió sonriendo, pero sus ojos la escudriñaron y Iolaynah temió haber destruido en parte su tapadera. ¿Se habría dado cuenta de que le estaba mintiendo?

—Ya sabrás que hemos... menguado en número con el paso de los años —respondió Grigso con voz pausada—. Es una pena —añadió sacudiendo la cabeza—. No son muchas las mentes bendecidas con la insólita combinación de una capacidad mágica innata y la curiosidad necesaria para poner a prueba sus límites.

Iolaynah carraspeó.

—Sí, es una pena, rector.

El silencio se hizo casi palpable entre ellos.

Para alivio de Iolaynah, Grigso dio media vuelta y comenzó a subir por la majestuosa escalera mientras le hacía una propuesta:

—Me siento inclinado a aceptar tu oferta —le dijo mientras ella lo seguía.

—¿Nuestros tejidos resultan de interés, entonces? ¿Unas telas reversibles con patrones hilados, por ejemplo? Podría dar una vuelta por la escuela para familiarizarme con la decoración. No necesito acompañante. Me imagino que habrá cosas más importantes que...

—Ya entraremos en detalles más tarde —respondió Grigso mientras la llevaba al último piso del sanctasanctórum—. Has hecho bien en buscar refugio aquí. La noche es muy oscura, y no sería prudente viajar a estas horas. Tenemos espacio más que de sobra en los aposentos de los estudiantes.



NØ LE CABÍA LA MENØR DUDA
DE QUE LØRAMEERE CØRRÍA UN
PELIGRØ TERRIBLE, DØNDEQUIERA
QUE ESTUVIESE EN AQUEL ENØRME
CASTILLØ.

«Muy amable», habría respondido Iolaynah de no haberse visto distraída por lo que tenía delante: el pasillo al que señalaba el rector se encontraba en un estado de completo abandono.

Saltaba a la vista que hacía meses que nadie utilizaba aquel pasaje ensombrecido y cubierto de telarañas... Puede que años. Ya solo la peste a moho delataba la falta de mantenimiento y la incomunicación con el resto del edificio.

Desde donde se encontraba ella, parecía que la única puerta que no estaba totalmente cubierta de telarañas era la primera a la izquierda, la misma que estaba abriendo Droman Grigso con la llave que sacó de los pliegues de su túnica.

Antes de que terminara de hacerlo, un lejano pero inconfundible grito resonó por la fortaleza e hizo trizas el silencio que envolvía el pasillo.

Iolaynah se sobresaltó y se llevó la mano a la daga de forma instintiva.

Para su sorpresa, Grigso se limitó a reírse entre dientes.

—Dan miedo, ¿verdad? Son unos gritos horribles. La primera vez que los oí, creí que iba a volverme loco.

—¿De dónde proceden? ¿Es que alguien...?

Grigso la interrumpió con un ademán despreocupado.

—Alguna criatura de las landas, supongo. Otra desgraciada consecuencia de nuestra proximidad a un lugar tan poco recomendable —se lamentó—. Fieras que aúllan a la luna o algo igualmente absurdo.

La puerta del dormitorio daba a una pequeña sala con el suelo de piedra inclinado y amueblada solo con un jergón de paja, una mesa con una jofaina, un armario ropero vacío en un rincón y una ventana desde la que no se veía nada por culpa del enorme tronco de un árbol que había crecido justo delante.

Iolaynah entró con cautela en la habitación. Podía sentir los ojos de Grigso en su espalda. Abordó con cuidado la siguiente pregunta:

—¿Están ocupadas muchas de las demás estancias?

Se produjo una pausa lo bastante larga para tornarse incómoda y, finalmente, Iolaynah se volvió hacia el rector. La misma sonrisa vacía. Los mismos ojos vacuos. La muchacha reprimió un escalofrío.

—Alguna de ellas. A Elden ya lo has conocido, claro —respondió Grigso sin dejar de sonreír—. Nos gusta tener a mano a nuestras mejores mentes para... alimentar la conversación. Una mente hambrienta sufre una muerte lenta.

Iolaynah asintió al tiempo que reparaba en la perfecta tersura de la piel que enmarcaba sus rasgos.

En cuanto Grigso cerró la puerta tras de sí, Iolaynah se dejó caer el jergón desnudo e inhaló profundamente el aire mohoso de la minúscula estancia. No recordaba haber sentido nunca un alivio tan profundo como en el mismo instante en que el rector la dejó sola. No le cabía la menor duda de que Lorameere corría un peligro terrible, dondequiera que estuviese en aquel enorme castillo. Por lo poco que había visto del sanctasanctórum, tenía que haber docenas de largos pasillos serpenteantes en su interior. Tardaría semanas en registrar el lugar entero. Si albergaba alguna esperanza de encontrar a Lorameere, necesitaba una señal, algo que la encaminase en la dirección correcta.

Se acercó a la ventana, pegó las yemas de los dedos al cristal y luego los deslizó hasta una rama nudosa que se había colado en el cuarto, sorprendentemente cálida a pesar del frío del exterior. Al apoyar el rostro al cristal, descubrió que en realidad no era una rama, sino una raíz que había salido del suelo y que había trepado por el muro castillo. Y, al tocarla con los dedos, juró que podía sentir un golpeteo en su interior.

No, no un golpeteo... Un *latido*. Como de un corazón.

Apartó la mano al instante.

—Lorameere —susurró—. Muéstrame dónde estás. Muéstrame cómo encontrarte.

De repente, un crujido sordo junto a ella le dio un vuelco al corazón. Por el rabillo del ojo, vio que la puerta del armario se había abierto lentamente un poco más.

Se acercó despacio, pero, al asomarse al interior, solo encontró un armario de madera vacío.

«Puede que esté en uno de los otros aposentos», pensó.

Salió cautelosamente al pasillo y, sin hacer ruido, intentó abrir la puerta contigua. El pomo no giraba, así que desenvainó la daga y la utilizó para sacar el husillo.

El interior parecía una tumba cubierta de telarañas de un pasado ignoto. Sobre la mesa había unos papeles desperdigados bajo una gruesa capa de polvo, la jofaina junto a la cama estaba agrietada y seca, y el jergón apestaba a moho. En la pared, sujeto por una raíz que había invadido el cuarto, había un retrato enmarcado de dos chicas sonrientes abrazadas con las mejillas juntas.

—¿Cuál de ellas eras tú? —le preguntó a la habitación.

Cruzó el pasillo, forzó la puerta siguiente y se encontró con una escena similar; un cuarto que, a todas luces, habían abandonado con tanta precipitación como el primero: varios libros tirados sobre la cama, un montón de ropa sin doblar en una esquina y una comida sin terminar de la que ya solo quedaban restos petrificados.

Ya había visto bastante. Salió del cuarto y cerró con cuidado. Al volverse para escabullirse al suyo, dio un respingo. Una larga cinta de color verde en el extremo de una trenza negra que llegaba a la cintura desapareció al entrar en su habitación.

Cruzó el pasillo con tres largos pasos, pero, al entrar, se encontró la estancia tan vacía como cuando salió.

—¿Lorameere?

Registró la habitación frenéticamente. Abrió y cerró el armario, miró debajo de la cama, se asomó por la ventana cerrada... Lorameere nunca habría podido esconderse en ninguno de aquellos sitios, pero *la había visto*. Estaba convencida.

Cuando Iolaynah se disponía a asomarse desde el rellano de la gran escalera, se encontró con un rostro encapuchado y pálido junto a los escalones.

—¡Ah! Elden, me has asus... ¿Te has cruzado con Lorameere en las escaleras? ¡Tiene que haberse ido por ahí!

—Al rector le gustaría disfrutar de tu compañía durante la cena —respondió el muchacho con voz monocorde.

Iolaynah hizo un esfuerzo por entenderlo. ¿Es que no la había oído?

—Elden, necesito tu ayuda. ¡Creo que Lorameere corre un peligro terrible!

Clavó la mirada en el rostro del niño, cuyos ojos se perdían en las sombras de la capucha.

Su voz estaba desprovista de toda vida.

—El rector te espera a las ocho y media.

Con estas palabras, Elden se volvió y bajó cojeando con dolorosa lentitud por la gran escalera hasta que las sombras volvieron a tragárselo.



La mesa estaba puesta para dos: un extremo para Grigso y otro para Iolaynah. Elden terminó de colocar unos platos cubiertos ante ellos y luego se marchó.

—¿Solo estamos nosotros? —preguntó Iolaynah mientras tomaba asiento en una silla tapizada de respaldo alto—. Esperaba que nos acompañasen algunos de los estudiosos o los alumnos.

Hizo un gran esfuerzo por hablar con un tono despreocupado, pero seguía alterada por casi haberse encontrado con Lorameere. Estaba segura de que la había visto.

Grigso volvió a esbozar su sonrisa vacía al tiempo que la miraba a los ojos.

—Me he tomado la libertad de elegir el menú de esta noche —dijo haciendo caso omiso del comentario de Iolaynah—. Confío en que sea de tu agrado.

Iolaynah decidió probar suerte con un enfoque diferente.

—Esas raíces invasoras han hecho auténticos destrozos con los tapices —dijo con un ademán hacia las paredes cubiertas de grietas y de aquellas intrusas serpentinadas—. Tu joven protegido, Elden, podría enseñarme las zonas del sanctasanctórum que se encuentran en peor estado...

Para su asombro, Grigso respondió con una sonora carcajada.

—Mi querida niña, ¿todavía sigues con esa farsa? —dijo Grigso con tono provocador mientras se limpiaba las lágrimas de los ojos con la capa.

Iolaynah tragó saliva y aguardó a ver qué hacía el rector. Solo se atrevió a exhalar cuando Grigso levantó la copa de vino con gesto desenvuelto para tomar un trago, volvió a dejarla sobre la mesa y descubrió su plato. El vapor de la comida hizo rielar el aire.

—Por favor.

La invitó con un gesto a hacer lo mismo mientras el vapor se disipaba.

Iolaynah destapó lentamente su propio plato y esperó a que la comida se enfriara con el tenedor en la mano. Reconoció al instante la delicadeza del mango del cubierto. Su tacto era idéntico al de la daga de su padre. Bajó los ojos hacia los demás y se dio cuenta de que el mango del cuchillo y la cuchara que tenía delante, como el del tenedor, estaban hechos del mismo marfil que los adornos de los extremos de los barandales. Al igual que los fustes de las copas de vino.

Cuando se despejó el vapor de su plato, Iolaynah vio lo que le habían servido. Tuvo que hacer un esfuerzo para no apartar la mirada y seguir sonriendo para disimular su repulsión.

—Gracias —dijo con una voz más queda de lo que le habría gustado.

—Bolsa de tinta de calamar en gelatina sobre un lecho de verduras de la comarca hervidas —anunció el rector con tono desenfadado—. Cuyas raíces acabas de mencionar, por cierto —añadió—. Es cierto que son plantas invasoras, aunque debo decir que su persistencia es impresionante. No dejo de encontrar usos para ellas.

Había algo en su tono de voz que hizo que Iolaynah dudara de que se refiriese a su valor nutricional. Aparte, eran el elemento menos repulsivo del plato. La gelatina guardaba un espantoso parecido con los pozos de brea junto a los que Lorameere y Iolaynah habían celebrado el modesto funeral de su padre. El plato estaba salpicado de montoncitos de carne poco hecha alanceada por sus propios y afilados huesos, finos como alfileres en algunos sitios y lo bastante agudos como para abrirle la garganta si se los tragaba. En los bordes del plato se había acumulado sangre acuosa.

—¿Sabías que la musaraña venenosa de dientes de sierra de las regiones septentrionales es capaz de devorar tres veces su propio peso? —comentó Grigo llevándose a la boca un bocado de aquella carne con el tenedor. Un hilillo de sangre le resbaló por la barbilla.

Iolaynah sintió que se le encogía el estómago al identificar lo que parecían unos diminutos cuartos traseros enredados en las raíces de su plato.

—Son unas criaturillas admirables. Se sabe que son capaces de mantener sus presas con vida durante tres semanas mientras se alimentan de ellas —continuó el rector sin apartar los ojos de Iolaynah un solo instante.

«No olvidéis por qué estáis aquí —se dijo esta—. No te olvidéis de Lorameere».

IOLAYNAH SINTIÓ QUE SE LE HACÍA UN
NUDO EN EL ESTÓMAGO.
—AÚN NO ES TARDE. DÍME DÓNDE
ENCÓNTRARLA.

—Fascinante —respondió para seguirle el juego—. Recuerdo que antes le mencionaste a Elden un invernadero también. ¿Lo usáis para estudiar la... flora de la zona? ¿Para preparar remedios? ¿Es eso a los que se dedican ahora los estudiantes?

«Que sepa que no soy mercader —pensó—. Mientras comprenda que no soy idiota... Ambos sabemos que este sitio de sanctasanciórum no tiene nada».

Grigo abrió los ojos de par en par y se inclinó hacia delante mientras se pasaba la lengua por los labios.

—Qué observadora, querida —dijo ladeando la cabeza con lentitud—. Eres muy lista, ¿eh?

Iolaynah sintió que se le hacía un nudo en el estómago, pero le devolvió la sonrisa con solo un lento parpadeo.

—¿Puede ser que haya descubierto la auténtica razón por la que has solicitado esta audiencia conmigo? —continuó el rector—. No serías la primera «viajera extraviada» que se cruza en mi camino. Querida, si querías estudiar bajo mi tutela, no hacía falta que recurrieses a esta estratagema.

Grigo soltó una risilla mientras comía, pero Iolaynah puso cara de contrición. Era capaz de reconocer una oportunidad cuando la veía.

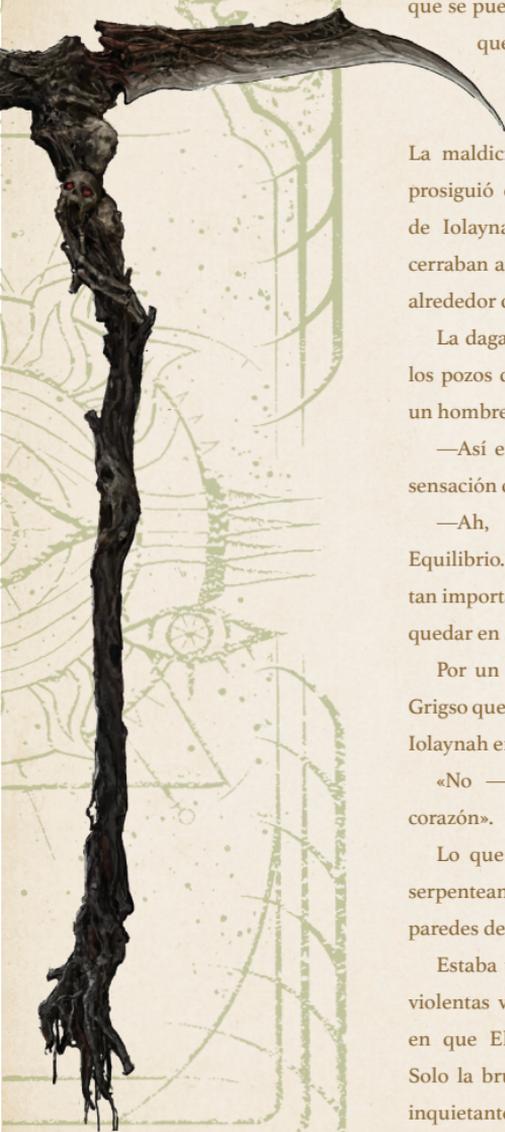
—Ofrecería mis disculpas, rector, pero ¿puedo tomarme la libertad de asumir que estoy perdonada? Dado que has tenido la bondad de compartir tu mesa conmigo.

Grigo tomó un largo trago de vino. Iolaynah observó cómo le subía y le bajaba la nuez por su garganta de piel lisa e impecable.

—Aceptaré tus disculpas a cambio de tu nombre.

—Iolaynah —respondió ella. Tampoco perdía nada diciendo la verdad.

—Para responder a tu pregunta —continuó él—, sí, aquí nos interesamos por la vida y la muerte de las criaturas de este lugar. ¿Nunca te ha parecido algo...



arbitrario? ¿Lo fugaz que puede ser una vida y lo duradera que puede ser otra? ¿La rapidez con la que se puede apagar una vida prometedora antes de que haya culminado todo su potencial por culpa de alguna anomalía? Un mamífero venenoso. El golpe de una guadaña. La maldición de una dolencia mortal... Dime — prosiguió con una voz que resonaba en los oídos de Iolaynah—, ¿nunca has presenciado cómo se cerraban antes de tiempo los largos dedos de la vida alrededor de una persona amada?

La daga de su padre. El agujero en el suelo entre los pozos de brea de Kehjistan. El triste funeral por un hombre tan grande.

—Así es el Equilibrio —respondió, pero tuvo la sensación de que las palabras no eran suyas.

—Ah, sí —dijo Grigso con lentitud—. El Equilibrio. ¿Y nunca te has preguntado por qué algo tan importante como es la duración de una vida debe quedar en manos del simple azar?

Por un instante, el sonido de la voz de Droman Grigso quedó apagado por el martilleo del corazón de Iolaynah en sus propios oídos.

«No —comprendió con espanto—. No es mi corazón».

Lo que oía era el latido colectivo de las raíces serpenteantes que se enroscaban por todas las paredes del sanctasanctórum.

Estaba tan concentrada en el rítmico latido y las violentas visiones de su pasado que apenas reparó en que Elden había reaparecido en el comedor. Solo la brusca reprimenda de Grigso la sacó de su inquietante hipnosis.

—¡Idiota! —le espetó entre dientes al muchacho, que se encogió ante la regañina del rector.

—Lo siento, señor. Creo que solo están un poco quemadas —dijo Elden, temblando.

Grigso lo echó de allí con un ademán.

—Tengo que ir a ver las tartaletas —dijo con el ceño fruncido—. Parece que han estado demasiado tiempo al fuego.

Iolaynah abrió la boca para rechazar el postre y salvar al pobre Elden, pero Grigso se marchó antes de que pudiese articular palabra. Para su sorpresa, el muchacho corrió hacia ella en cuanto el rector desapareció y la sacó del comedor tirando de ella hacia un rincón oscuro.

—Sí que era Lorameere a quien viste —dijo, casi sin aliento—. Si hubiese esperado, yo podría... Pero ahora la ha atrapado y...

Iolaynah agarró al chico por los hombros huesudos.

—Elden, tranquilízate.

Elden sacudió la cabeza con gestos rápidos.

—No hay tiempo. Mañana por la mañana la habrá matado. Tendría que haber esperado a que la ayudara.

Iolaynah sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

—Aún no es tarde. Dime dónde encontrarla.

—El armario de tu cuarto —respondió—. Puedo distraerlo mientras tú...

Los ojos de Elden se abrieron de par en par, clavados en algo. Iolaynah se volvió, pero no pudo ver nada, y, al mirar de nuevo al niño, este estaba retrocediendo hacia la pared opuesta.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Eres como él —respondió Elden con la voz rota.

—¿Cómo quién?

Siguió la mirada del muchacho hasta su cinto, hasta la daga envainada. Pero seguía sin entenderlo.

—Elden, es para protegerme. No pensarás que iba a hacerte algo...

—¡Eres como él! —gritó Elden, y, antes de que ella pudiera decir nada, escapó hacia las sombras dejándola sola y confundida.

Por un instante estuvo a punto de correr tras él, pero ¿y si no tenía tiempo?

«Mañana por la mañana la habrá matado».

Era lo que había dicho Elden.

Iolaynah subió corriendo la gran escalera, abrió de par en par la puerta de su dormitorio y, esta vez, entró en el armario. Toqueteó la madera tosca de la estructura y pasó los dedos por toda superficie en busca de irregularidades. Finalmente, su pulgar rozó un extraño abombamiento en la parte trasera, donde, con un vuelco del corazón, encontró un diminuto mecanismo. Una sección entera de la pared descendió y abrió un agujero lo bastante grande para que Iolaynah pudiera colarse a rastras.

Al otro lado la esperaba un pasadizo angosto y húmedo. En medio del hedor del moho que impregnaba la atmósfera, alargó el brazo hacia una solitaria antorcha, ya encendida, que colgaba de un aplique en la pared. La presencia de la antorcha, la idea de que estuviese allí, esperándola, la perturbó.

«Significa que la ha dejado Lorameere para ti —se dijo—. Significa que sigue viva».

Pero el pasadizo se iba volviendo más estrecho a medida que avanzaba y le encogía el corazón como las paredes le oprimían los hombros hasta que, al llegar al final del pasillo, se encontró con una empinada escalera de caracol.

Descendió por los peldaños de piedra en espiral durante lo que se le antojaron cien pisos. Entre el moho y las constantes vueltas, estuvo a punto de vomitar un par de veces antes de llegar al fondo.

Pero al pie de las escaleras, con la antorcha en alto para iluminar las entrañas del sanctasanctórum, Iolaynah sí vomitó. Porque lo que había allí abajo eran unas catacumbas.

Ante sus ojos se extendían filas dispersas de cuencas oculares vacías y dentaduras a la vista que estaban separadas por huesos de todas clases y dimensiones con distintas tonalidades de amarillo y ocre y en diferentes estados de descomposición. Unas raíces se habían enroscado entre las oquedades de las calaveras como las serpientes cuando atrapan a sus presas en un mortífero abrazo.

Aquel lugar, ese supuesto centro del saber, era un matadero.

Aun así, siguió adelante y, al doblar la primera esquina hacia la derecha, su temor a perderse en aquel lugar se deshizo en pedazos. En el suelo, frente a ella, había una pequeña cinta de color verde con algunos cabellos largos y negros

enredados en el nudo de un lazo deshecho.

Iolaynah se agachó para recoger la cinta de satén.

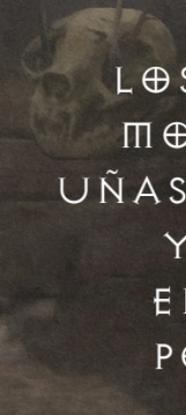
—Ya voy, Lorameere.

Finalmente, la senda de calaveras, huesos y raíces desembocó en una puertecita en forma de arco tras la que se oían los sonidos que ya no podía negar que procedían del sanctasanctórum. Abrió la puerta poco a poco y se encontró frente a una nueva pesadilla. Ahora entendía de dónde salían los aullidos.

Frente a ella se extendía una mazmorra de techos altos, pero los muros no estaban formados por los huesos y cráneos desperdigados de muertos antiguos; aquellos eran cadáveres completos de centenares de vidas arrancadas de sus cuerpos. Aquellos cascarones humanos, momificados en un rigor mortis grotesco y retorcidos con la agonía de su postrero aliento, estaban fundidos con la pared entre el mortero y las raíces serpenteantes de las landas. En cada rincón de la sala se podía ver en acción la lenta obra de la muerte sobre los antiguos alumnos del sanctasanctórum.

Apoyado contra un muro y firmemente sujeto a los cadáveres por las palpitantes raíces, había un hombre de menos de treinta años apenas consciente con las extremidades extendidas y la piel en un estado de putrefacción inicial. Sin embargo, aún conservaba la vida suficiente para sentir la puncción de las raíces finas como alfileres y el proceso tortuosamente lento de la descomposición orgánica. De la pared contigua colgaba una joven suspendida por los tobillos, deshidratada como un viejo ramo de flores y con la piel ennegrecida y coriácea, pero, para espanto de Iolaynah, sus ojos aún parpadeaban. En otra pared se veían las piernas y el torso de un niño, mientras que la parte superior de su cuerpo estaba aprisionada en una maraña esférica de raíces; la única prueba de que seguía vivo era el temblor de sus pequeños pies suspendidos en el aire.

En el centro de la mazmorra había un pedestal sobre el que se alzaba un trofeo de madera tallado a partir del tronco de un árbol talado. Los bordes dentados de la pieza formaban una caja torácica agrietada alrededor de una colección de cráneos amarillentos; rostros petrificados en muecas de perpetua agonía. El macabro trofeo, del que colgaban un tótem de marfil y dos campanillas de cobre, despertó un recuerdo profundamente enterrado en la mente de Iolaynah, pero era demasiado antiguo para que su mente lo recuperara.



LOS CUERPOS PETRIFICADOS LA
MORDIERON Y ARAÑARON CON
UÑAS PUTREFACTAS Y AGRIETADAS,
Y IOLAYNAH CAYÓ BAJO SU
EMBESTIDA ANTES DE HABER
PODIDO ASESTAR UN GOLPE.

—Me habría gustado pasar algo más de tiempo contigo antes de este momento, Iolaynah —dijo una voz tras ella.

Droman Grigso salió de las sombras que cubrían la entrada de la mazmorra y dejó caer al suelo la túnica de fino tejido que llevaba. Sus hombros estaban embutidos en los dentados contornos de una armadura de hierro. Unos puños se cerraban sobre su esternón y, donde tendrían que haber estado las hombreras, haciendo las veces de placas protectoras, había unos pequeños cráneos idénticos al que coronaba un yelmo moldeado que conectaba con los hombros y que convertía a Droman Grigso en una bestia de hierro arrancada de las ponzoñosas tierras de las profundidades del Infierno.

Iolaynah tragó saliva.

—¿De qué me conoces? ¿Por qué invitaste a Lorameere?

Una risa grave y amenazante escapó lentamente de los labios de Grigso, y Iolaynah, de repente, reparó en el espeluznante silencio que se había apoderado de la mazmorra. La presencia de Grigso tenía el poder de acallar incluso los ruidos de la muerte.

—Con la mano en la empuñadura de la daga de hueso de tu padre, aún preguntas tal cosa —dijo con tono burlón.

Iolaynah deslizó el pulgar por la empuñadura enjoyada que le había dado la fuerza de su padre después de tantos años de necesidad y dolor por el recuerdo de su funeral.

—¿De *hueso*? —susurró.

Desvainó el arma mientras el hombre esbozaba una sonrisa espantosa.

—Nunca te dijo lo que era... —murmuró Grigso.

—N-nunca me lo dijo... —balbuceó Iolaynah. No podía ser cierto.

Pero sí lo sabía. En un lugar profundo y recóndito de su interior, siempre había sabido qué era su padre. Qué era *ella*.

—Tu padre y yo éramos iguales —dijo Droman Grigso con voz suave, sin borrar de su rostro aquella sonrisa vacía.

La palabra flotaba entre ellos sin que la pronunciaran: nigromante.

—Mi padre no era como tú, y yo tampoco —replicó. Esto no es lo que enseñaban los Sacerdotes de Rathma —exclamó con voz quebrada mientras recorría la sala con la mirada—. Ellos aportan equilibrio a Santuario. Vida y muerte. ¿Qué aportas tú? ¿Caos? ¿Sufrimiento?

La sonrisa se borró del rostro de Grigso mientras sacudía lentamente la cabeza.

—Sigues decepcionándome —dijo antes de volverse hacia la oscura entrada de la mazmorra—. Lorameere lo entendió hace tiempo.

Iolaynah sintió que el corazón le daba un vuelco al ver que Lorameere, pálida y encorvada, salía de las sombras.

Echó a correr hacia ella, pero Grigso sacó una larga guadaña que llevaba a la espalda y segó el aire entre ellas. El extremo de la hoja curva se detuvo a escasos centímetros de Iolaynah.

La mirada de Lorameere estaba clavada en el suelo. Su piel antaño jugosa estaba agrietada y sus huesos asomaban bajo la piel formando ángulos marcados. Se bamboleaba lentamente en el sitio y, al verle los pies, Iolaynah comprendió que era porque su cuerpo estaba casi petrificado de rodillas para abajo.

Los restos de las paredes. El trofeo del centro de la sala con sus rostros torturados. La muerte lenta que impregnaba el sanctasanctórum.

Iolaynah levantó la mirada hacia Droman Grigso, casi incapaz de articular las palabras:

—Les estás succionando la vida.

Grigso bajó la guadaña y dio un paso hacia Iolaynah, pero esta levantó su daga y el nigromante alzó las manos en un gesto burlón de tregua.

—Dime, niña —dijo con tono desafiante—. Con toda tu supuesta devoción por el Equilibrio, ¿qué has hecho para servirlo? De haber sabido que poseías un don para la nigromancia, ¿habrías resucitado a los muertos por él? Y tu padre... ¿Qué hay de su contribución? ¿Te gustaría conocer las intenciones de Lorameere?

Iolaynah se encogió.

—Quería resucitar a vuestro padre —dijo Grigso con una sonrisa, visiblemente complacido por la confusión de la muchacha—. Sí, habría vuelto al pozo de las arenas de brea. Solo para volver a ver tu sonrisa. Para que volvierais a ser una familia... por muy retorcida que fuese.

Iolaynah le dedicó una mirada desafiante.

—Jamás lo habría hecho de haber conocido el precio.

Grigso golpeó el suelo bruscamente con el regatón de la guadaña.

—Me estás hartando con tu santurronería, niña. Tenía la esperanza de que fueras como los estudiantes prometedores que revivía al principio.

Iolaynah volvió a mirar el truculento trofeo que había sobre el pedestal a su espalda.

—Sus mentes eran las más brillantes que hayan caminado por estas salas. Sabía que, si alguna vida podía devolverme los años que me habían quitado, sería la suya. Por desgracia, sus cuerpos también acabaron sucumbiendo.

Iolaynah recorrió con los ojos las hileras de cadáveres, las criaturas medio vivas enroscadas en las raíces..., lo que quedaba de Lorameere...

—No tenías ningún derecho —dijo conteniendo las lágrimas.

—¡Ellos sí que no tenían ningún derecho! —bramó Grigso con una voz que resonó por toda la mazmorra—. ¡Los Sacerdotes de Rathma me maldijeron con este conocimiento para luego condenarme a esta espantosa enfermedad! Escúchame bien: ningún estudiante que haya cruzado las puertas de este sanctasanctorum ha padecido jamás una agonía como la que parezco yo, pero me aseguraré de que la sientas en tus carnes antes de quitarte la vida.

Con una fuerza atronadora, Grigso golpeó la pared con la guadaña y la clavó en una de las raíces vivientes que aprisionaban los cadáveres. Y la raíz, una vez perforada, se estiró hacia Lorameere.

—¡Cuidado! —gritó Iolaynah mientras se abalanzaba, pero, al tiempo que lo hacía, los cadáveres atrapados en fila entre las raíces cayeron al suelo, revividos por el golpe de la guadaña de Grigso.

Los cuerpos petrificados la mordieron y arañaron con uñas putrefactas y agrietadas, y Iolaynah cayó bajo su embestida antes de haber podido asestar un golpe. Pudo sentir la torsión de cada articulación, el tirón de cada músculo. Luego llegó el peso aplastante de docenas de cuerpos amontonados sobre ella,

arrancándole el aire de los pulmones. Por un hueco abierto en medio de los cadáveres, pudo ver cómo las raíces constreñían a Lorameere y le arrancaban el último hálito de vida mientras Droman Grigso lo observaba todo.

Tras él, Elden, tembloroso, se agazapaba entre las sombras.

«Grigso no lo ha visto».

«Aún hay una posibilidad», pensó. Oyó un crujido y sintió el agonizante chasquido de sus costillas al partirse bajo el peso de los ávidos cuerpos. Se le empezaba a nublar la visión...

«Si me hubiera esperado...», había dicho Elden. «Pero aún tenemos una oportunidad. Ayuda a Lorameere, Elden. Por favor, Yo no puedo...».



El sol de Kehjistan calentaba el rostro de Iolaynah. Su padre olía a madera de cedro y a tabaco.

—Has crecido —le dijo con una voz que sonaba profunda y real en sus oídos—. Manejas muy bien la daga. El ojo de zafiro te sigue. Sabe que eres su propietaria.

Iolaynah se quedó mirando la empuñadura.

—Ojalá siguiera siendo tuya —dijo con tristeza mientras se limpiaba la lágrima que surcaba su mejilla.

—Me había llegado la hora —respondió su padre—. El Equilibrio lo exigía.

—¿Por qué no me lo contaste nunca? —le preguntó sin levantar los ojos. Temía que, si lo hacía, ya no lo encontrase allí.

Su padre guardó silencio un instante. Entonces, lentamente, añadió:

—A veces debemos aprender a nuestra manera. A veces debemos aprender con el dolor.

Iolaynah pensó en ello.

—¿Por qué?

—El dolor nos enseña qué es lo que más importa.

Iolaynah sacudió la cabeza.

—Pero ¿y si pierdo... a quienes más me importan a mí? ¿Cuándo termina el dolor?

IOLAYNAH RECÓGIÓ EL NEGRÓ CABELLO
ANTAÑO SEDOSO DE SU HERMANA EN
UNA TRENZA SUELTA, LA SUJETÓ CON
LA CINTA VERDE EN UN EXTREMO Y LA
DEPOSITÓ CON DELICADEZA SOBRE EL
HOMBRE DE LORAMEERE.

Su padre no respondió. Y, cuando Iolaynah levantó la mirada, estaba sola.



Iolaynah despertó con una exhalación repentina, pero las garras de la muerte seguían atenazándola sobre el suelo de la mazmorra.

—Calma, calma, niña —susurró Droman Grigo exhalando un fétido aliento sobre su rostro.

Trató de apartarse de él, pero cada uno de sus músculos chillaba de agonía. El ejército de cadáveres del rector se había retirado, pero las espinosas raíces que se colaban entre las grietas del muro se estaban ensortijando alrededor de su cuerpo, cubriéndolo de profundos y sangrientos surcos, y dejándola demasiado débil para moverse.

—Eso es. Cálmate. Deja que te cure —susurró la voz del nigromante—. Así es como estabas destinada a usar tu poder, Iolaynah.

Cuando pudo volver a enfocar la mirada, lo hizo sobre una cinta de seda verde que había a su lado. Se la quedó mirando varios segundos antes de reconocer el cabello negro y quebradizo que sujetaba, apoyado en una mano temblorosa. Frente a ella, hecha un ovillo, se encontraba su querida Lorameere, prisionera de la raíz que le estaba absorbiendo las últimas gotas de esencia vital para entregársela a Iolaynah.

—Para, por favor —le suplicó su hermana mientras una lágrima surcaba su rostro ajado.

—Grigo, ¡te ofrezco mi vida a cambio de la suya! —suplicó Iolaynah, pero Grigo golpeó con los puños el pedestal del trofeo.

—¡Si sigues siendo demasiado tozuda para entender tu enorme potencial, mereces morir junto a ella!

«La daga. Si pudiera alcanzarla para cortar las raíces...», pensó Iolaynah. Pero la atenazaban con demasiada fuerza. Y la luz ya casi se había apagado en los ojos de Lorameere.

De repente, un grito salvaje y sobrenatural resonó por toda la mazmorra, y un repulsivo sonido *húmedo* invadió el aire.

—¿Qué has hecho? —oyó que exclamaba Grigo.

Las raíces que sujetaban sus brazos se aflojaron y oyó el repiqueteo metálico de la daga al caer al suelo debajo de ella. Arrastró la mano hasta la empuñadura, la agarró con fuerza y comenzó a serrar frenéticamente hasta que se liberó con toda la mano embadurnada de savia. Mientras se disponía a liberar a Lorameere, vio que Grigo apartaba de un empujón a Elden de la guadaña que había clavado en el punto del que salían las raíces.

—¡Iolaynah! —gritó el muchacho, y ella se agachó para esquivar la guadaña, que pasó a escasos centímetros por encima de su cabeza.

Iolaynah rodó por el suelo hasta el otro lado de Grigo y se plantó ante el rector, pero su daga parecía un juguete frente a la guadaña y la armadura del rector.

—¿Cómo te sientes, Iolaynah, sabiendo que la fuerza vital de tu querida Lorameere corre por tus venas?

Pero había otra sangre que corría por las venas de Iolaynah: la sangre de alguien a quien Droman Grigo nunca había envenenado con su traición al Equilibrio y a las enseñanzas de Rathma.

—Se ha unido a la sangre de mi padre —dijo mientras agarraba la daga con fuerza—. Y con ella voy a restaurar el Equilibrio que tú has profanado.

Iolaynah asestó un tajo a la raíz que sustentaba el muro de cadáveres más cercano. Grigo retrocedió como si lo hubiera golpeado y, aprovechando la ocasión, la joven dirigió su hoja al punto donde se unían los puños del corazón de armadura. Con un fuerte *crujido*, la punta atravesó el metal y se hundió entre las costillas de Grigo hasta alcanzar los órganos vitales.

Un espantoso grito escapó entre sus labios y Iolaynah, apretando y hundiendo

aún más la daga, acercó su rostro al del rector y disfrutó del primer destello de miedo en sus ojos.

—¿Cómo te sientes —siseó con los dientes apretados— sabiendo que las vidas que has arrebatado están abandonando tu cuerpo?

A pesar de su agonía, Grigso logró sonreír mientras se le llenaba la boca de sangre.

—Les di una vida nueva a través de mí. ¿No te das cuenta? *Nosotros* somos lo que más temen los Sacerdotes de Rathma: no los guardianes del Equilibrio, sino sus amos.

Grigso hizo un gesto de dolor mientras su rostro y sus manos se arrugaban para revelar su auténtica edad. Aun así, logró decir:

—Todavía no es tarde para ti, Iolaynah. Piensa en tu padre y en tu hermana, en todas las grandes mentes que podrías hacer renacer en este mundo. Se merecen una segunda oportunidad, ¿no?

Droman Grigso pestañeó varias veces y escupió un último esputo sangriento antes de agarrar la mano de Iolaynah sobre la empuñadura de la daga.

Ahogado, susurró:

—Mi querida Iolaynah. Te he convertido en mi alumna. Qué dolorosa debe de ser esta verdad para ti.

Con este último tajo a su corazón, Droman Grigso hundió aún más la daga en su cuerpo, arrastró las manos de Iolaynah consigo e introdujo la empuñadura en las cálidas profundidades de su propio pecho hasta que ella sintió que la punta se clavaba en el suelo debajo de él.

Droman Grigso estaba muerto.

Con las manos goteando todavía con la sangre de Grigso, Iolaynah se acercó lentamente al cuerpo exánime de su dulce Lorameere. Elden estaba a su lado, con su cuerpecillo estremecido por lágrimas silenciosas. Ella también había sido su razón para vivir.

Iolaynah recogió el negro cabello antaño sedoso de su hermana en una trenza suelta, la sujetó con la cinta verde en un extremo y la depositó con delicadeza sobre el hombro de Lorameere.

Pegó la mejilla a la de su hermana, que ya estaba fría, y dejó que brotaran las lágrimas mientras maldecía a los Altos Cielos.

—¿Por qué ella? ¿Por qué teníais que llevárosla? Si existe un Equilibrio y debo protegerlo, ¿por qué me arrebatáis a todos los que me ligan a él?

Sollozó hasta que la noche dio paso al día y este de nuevo a la noche, y entonces volvió a depositar un beso sobre la frente fría de Lorameere.

—Eras mi última atadura —le susurró al oído antes de volverse hacia Elden, que no se había movido del lado de su hermana.

—Entiérala en la luz —le dijo.

No le costó extraer el cadáver flácido de Droman Grigso de la armadura, y el yelmo encajó a la perfección en su cabeza. Iolaynah los necesitaría para mantenerse en pie mientras traspasaba las puertas del sanctasanctórum para partir hacia la costa de los Mares Gemelos.



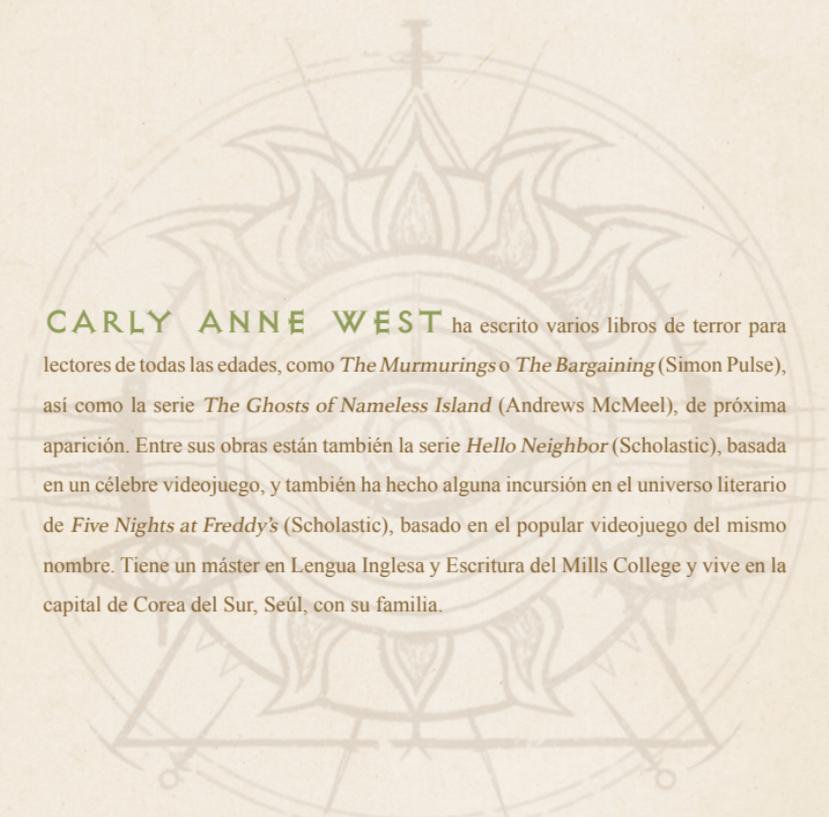
Fue Iolaynah, la muchacha de Kehjistan, la que se aprovechó del momento de debilidad de Droman Grigso para atravesarle el corazón con la daga de hueso de su padre. Consciente de sus poderes latentes durante apenas unos minutos y viva a duras penas gracias a la energía vital de su hermana que la mantenía en pie, silenció los gritos que brotaban del sanctasanctórum en la frontera de las landas de Scosglen de una vez por todas. Pero su victoria tenía poco de triunfo, porque todo lo que la había contenido hasta entonces —su amada hermana, la verdad de su padre, la fe en el Equilibrio— había desaparecido.

Condenada a pasar el resto de sus días con la sangre de su hermana fluyendo por sus venas, los que se atrevieron a acercarse lo bastante a ella hablaban de una guerrera que despertaba cada noche tras unos sueños tortuosos y que ejecutaba infinitos actos de penitencia sin respuesta. Con cada exhalación, sujetaba la empuñadura de la afamada daga de hueso con la punta enjorada apuntando siempre hacia ella. A falta de práctica en el hablar, acabó volviéndose casi muda con el paso de los años y prefería observar en silencio, embozada en una capa de oscuro silencio tan pesado como la armadura que se negaba a quitarse, cuyos cráneos miraban hacia la nada mientras Iolaynah clavaba los ojos en las almas de quienes se atrevían a estudiar su semblante durante demasiado tiempo.

Las cadenas de sus anclas estaban rotas y dicen que vagó por siempre a la deriva.

Yo, Tejal, veo a la guerrera en mis sueños: una mujer que a veces envejece y otras sigue siendo la misma joven que se atrevió a entrar en el sanctasanctórum de Droman Grigso para desenmascararlo. En mis visiones es una hermana temible, una huérfana aterrada, una soldado maltrecha y ensangrentada de las huestes del Equilibrio y una vagabunda solitaria. Es una nigromante. Es Iolaynah, portadora de la armadura forjada en el santuario de huesos.





CARLY ANNE WEST ha escrito varios libros de terror para lectores de todas las edades, como *The Murmurings* o *The Bargaining* (Simon Pulse), así como la serie *The Ghosts of Nameless Island* (Andrews McMeel), de próxima aparición. Entre sus obras están también la serie *Hello Neighbor* (Scholastic), basada en un célebre videojuego, y también ha hecho alguna incursión en el universo literario de *Five Nights at Freddy's* (Scholastic), basado en el popular videojuego del mismo nombre. Tiene un máster en Lengua Inglesa y Escritura del Mills College y vive en la capital de Corea del Sur, Seúl, con su familia.



TEJAL TIENE MUCHAS
MÁS HISTORIAS QUE
CONTAR. PRONTO
HABRÁ MÁS RELATOS
CORTOS DE LOS
HEDAJI...